



Butler University Digital Commons @ Butler University

Scholarship and Professional Work - LAS

College of Liberal Arts & Sciences

2005

La Llegada Contemplativa como Narrativa Fundacional en El Contemplado y las Cartas de Viaje de Pedro Salinas

Irune del Rio Gabiola

Butler University, igabiola@butler.edu

Follow this and additional works at: http://digitalcommons.butler.edu/facsch_papers

 Part of the [Latin American Literature Commons](#)

Recommended Citation

del Rio Gabiola, I. "La llegada contemplativa como narrativa fundacional en El Contemplado y las Cartas de Viaje de Pedro Salinas." *Revista de Estudios Hispánicos*. 39 (2005): 465-487. Available from: digitalcommons.butler.edu/facsch_papers/493/

This Article is brought to you for free and open access by the College of Liberal Arts & Sciences at Digital Commons @ Butler University. It has been accepted for inclusion in Scholarship and Professional Work - LAS by an authorized administrator of Digital Commons @ Butler University. For more information, please contact fgaede@butler.edu.

La llegada contemplativa como narrativa fundacional en *El contemplado* y las *Cartas de viaje* de Pedro Salinas

If Puerto Rico was a rebirth for Salinas, it was also an arrival. Essentially a pilgrim, he never failed to seek the untarnishable, a world of essences beyond what the eye could see (Newman, *Pedro Salinas and His Circumstance* 230).

El pasado mes de octubre se celebró en Nueva York el 6º Congreso de la Asociación de Estudios Puertorriqueños. Como parte de los eventos organizados, el salón de recepciones del Centro de Estudios Graduados de la Universidad de Nueva York albergó una exposición de libros recientemente publicados en torno a estudios puertorriqueños. En medio de tanta presencia crítica, teórica y literaria, Ediciones Callejón ofrecía una lujosa y variada combinación de elementos postmodernos, postidentitarios, diaspóricos, transnacionales y feministas, sinónimo de una convulsión de discursos múltiples, híbridos y heterogéneos que si bien deconstruyen nociones monolíticas de nación e identidad, se aferran concienzudamente a la reconceptualización y desterritorialización de la puertorriqueñidad (mayormente) en un ámbito global como aspecto putativo y central de los mismos¹.

Son éstos, ensayos que cuestionan la viabilidad y funcionalidad de los discursos nacionalistas excluyentes, hispanófilos, androcéntricos y hegemónicos forjados desde finales del siglo XIX hasta mitad de siglo XX. Pero entre tanta armonía que infundaba la presencia de dichos textos “postmodernos y/o postcoloniales” unidos en su lucha contra las grandes narrativas universales y absolutas definitorias de la Historia y el Sujeto, se encontraba felizmente un Pedro Salinas “ennegrecido” por la cubierta que la Edición Cátedra imprime en su obra poética *El contemplado*. Inmediatamente, una serie de preguntas me asaltaron: ¿Cómo interpretar la inclusión de *El contemplado* en medio de estos discursos contra-hegemónicos y postcoloniales, primordialmente ensayísticos? ¿Se

trata de una estrategia por centralizar la periferia—el callejón—gracias a la masiva y dominante presencia de Ediciones Callejón, marginando al magnate Cátedra? O por el contrario, ¿representa Salinas una amenaza constante y continua al estatuto político actual de la isla y un recordatorio perenne de su colonialismo, irrumpiendo entre nuevas alternativas discursivas reunificadas bajo la rúbrica editorial de origen local?, ¿Es un caso más de la mitificación insular desde la mirada imperialista y exotocista o una aportación productiva a la construcción de identidad nacional compartida por los próceres de la Generación del '30?

Me perdía entre estos dilemas, contemplando al *Contemplado* dislocado en un espacio y tiempos postmodernos y re/afirmando una tensión cultural y narrativa presente hasta la saciedad: la des/articulación eterna de la nación y los conflictos discursivos de la puertorriqueñidad. Reformulando esta presencia fantasmagórica, mi intención en este ensayo es, por consiguiente, explorar el discurso saliniano durante su estancia trienal en la isla de Puerto Rico como parte de la desarticulación de las retóricas postcoloniales y nacionalistas de primera mitad de siglo XX. Me gustaría analizar su inserción en las prácticas culturales de la época como un elemento colonial que irrumpe la autodefinición puertorriqueña de los letrados mediante la instauración de una retórica fundacional de la llegada². El motivo de la llegada, por ende, reivindica la soberanía española y la estigmatización del viaje al reapropiarse de la figura del conquistador intérprete de una realidad que pretende hacer suya. Los críticos de la obra literaria de Salinas visionan sus aportaciones tanto a la cultura española como puertorriqueña, desde un prisma positivo y productivo, como afirma el crítico Jean Cross Newman: “He was deeply interested in Puerto Rico’s gropings towards self-definition, and was a close friend of its first elected governor, Luis Muñoz Marín” (225). Efectivamente, Salinas parece ofrecer un marco constructivo en la definición de la puertorriqueñidad. Incluso el propio poeta se interesó personalmente en la búsqueda de auto(su)gestión de la puertorriqueñidad: “Entre otros beneficios me ha proporcionado la satisfacción de convivir con las dificultades, anhelos y esperanzas de un pueblo de origen hispánico, en pleno trance de renovación, y aprendiendo a conocer sus problemas” (*Cartas de viaje* 225).

Sin embargo, las diversas representaciones de la isla en *El contemplado* y las *Cartas de viaje*—poesía y género epistolar, respectivamente—negocian de manera algo precaria un discurso insostenible difícil de

entenderse de manera productiva en la narrativa insular de la época. Es decir, *El contemplado* y las *Cartas de viaje* mantienen como objeto del discurso el mar de San Juan y la isla de Puerto Rico. A través de dicho discurso, Salinas muestra un gran afán por recuperar e implantar la españolidad mediante las asociaciones espaciales con la península, la defensa del idioma y una mirada única. Paralelamente, critica la influencia del imperio norteamericano y la imposición de éste en las prácticas sociales, políticas y culturales de la isla. No obstante, esta perspectiva saliniana se encuentra en lucha constante en los dos corpus literarios a analizar. Debido a su posicionamiento imperial marcado por la mirada posesiva en el *Contemplado* y a la acentuada hispanofilia en las cartas y en su colección de ensayos *El defensor*, detectamos a un Salinas colonialista preocupado en mayor medida por rescatar la españolidad silenciando las subculturas y el sincretismo puertorriqueño. Obviamente, se asemeja a la postura de próceres como Antonio Pedreira, Tomás Blanco o Geigel Polanco³. Pero aunque éstos diagnostiquen los discursos nacionalistas desde un punto de vista hispanófilo, racista, clasista y androcéntrico, Salinas reafirma una actitud imperialista y colonial plasmadas en la producción literaria durante su estancia en Puerto Rico, como señalaré a continuación.

¿Cruzar fronteras, marcar diferencias?:

(Des) encuentros de la modernidad en América Latina

Con la guerra civil española (1936–1939), Salinas se exilia a las Américas y comienza su destierro en el lejano espacio norteamericano. Se le contrata como profesor visitante en una pequeña universidad privada y dirigida a mujeres y, posteriormente, se le abren las puertas hacia América Latina. Este segundo destino da la bienvenida al propio poeta ansioso por desconectar de la superficialidad y frialdad del pueblo norteamericano. Su integración en América Latina simboliza un viaje imaginario proustiano a los orígenes y a sus raíces españolas, a un mundo en el que cual se autoafirme a través del respeto y reconocimiento que le establecen como una figura canónica:

en cuanto puso pie en tierra, empezaron las sorpresas y, pronto, la[s] desilusiones . . . Salinas . . . llegó a Wellesley despojado literalmente de

sus más elementales posesiones . . . Y lo que fue más duro . . . sin una "posición" de reconocimiento público, esa sensación tan agradable de ser alguien importante. (Bou, "Descubrimiento" 443)

Como resalta Enric Bou, nada más llegar a suelo norteamericano Salinas se siente marginado por el individualismo de la sociedad. Esta actitud también influye en la ausencia de reconocimiento de su persona como intelectual español, ya que la fama literaria y social a la que estaba acostumbrada en España lo reduce a un contacto exclusivamente académico. La extrañeza del inglés contribuye aún más a su marginalización personal. La nostalgia sufrida en Estados Unidos a causa del idioma y de la escasa familiaridad entre ambos países transoceánicos poco a poco dan paso al reconocimiento y similitud que ofrecen las antiguas colonias españolas con la península. Salinas se encuentra más cercano a España, no sólo por la comunicación en su lengua materna sino, también, por las semejanzas culturales. Esta tendencia a huir del extrañamiento que provoca el contacto con lo norteamericano es común entre los escritores exiliados tanto de la Generación del '98 como los del '27. Casi todos los trasterrados encontraron en América Latina la España perdida e idealizada que ha sufrido la pérdida de las últimas colonias en 1898 y acoge una guerra civil precedente a la segunda guerra mundial⁴.

Si rememoramos la contienda de la conquista en el siglo XV, las nuevas tierras se contemplan como un espacio vacío dispuesto a clausurar la crisis sufrida en Europa y se busca, al otro lado del atlántico, una resolución económica que despierte al continente occidental de la abulia. Como parte de este proyecto, los viajeros posteriores al "descubrimiento" re/inician constantemente la re/invencción de las Américas mediante cartas de viaje e informes a las autoridades imperiales. Incluso en el siglo XX, América Latina seguirá siendo objeto de mira en la mente civilizadora de los españoles intelectuales regeneradores culturales de un país estancado, aún cuando se perciben los propósitos de ambas generaciones de forma diversa:

A diferencia de la generación del 98, que, en su afán de rescatar del marasmo de su época los valores de la identidad nacional, se orientó hacia Castilla e hizo de esta región medular de España el objeto de un culto, la del 27 fue una generación que se proyectó de España al mundo, procurando ser contemporánea de su entorno europeo al tiempo que se afincaba en los tesoros de genio e ingenio acaudalados por la cultura

española a través de los siglos. Fue la del '98 una generación de actividad fundamentalmente centrípeta, en tanto que la actividad de la del '27 fue, de hecho, centrífuga. (Díaz Martínez 145)

Fueron muchos los escritores emigrados al nuevo continente: Juan Ramón Jiménez (escritor modernista), Luis Cernuda, Rafael Alberti, Manuel Altolaguirre o Salinas, entre otros. También hubo mujeres que emprendieron este arduo viaje acompañadas de sus maridos. A pesar de la gran cantidad de escritores que cruzaron el océano, el tema de lo latinoamericano o norteamericano se vislumbra principalmente en la obra de Cernuda, Alberti, Salinas o Juan Ramón. Estos últimos pasaron un periodo importante en Puerto Rico, produciendo escritura creativa y analizando la cultura insular al tiempo que re/pensaban los problemas del país de origen. Para Díaz Martínez, el exilio del '27 fue un movimiento centrífugo, pero la inevitable recurrencia a España y el ímpetu por integrar lo español en la geografía latinoamericana no es más que un retorno a la actividad del '98: una actividad igualmente centrípeta.

Los intelectuales españoles se dedicaron a labores académicas, como impartir clases en la universidad o publicar en revistas literarias, "dejando sentir su magisterio y recibiendo a cambio las vibraciones sociales y culturales de aquellas tierras" (Díaz Martínez 149). Pero ¿en qué medida participaron en la re/construcción de lo latinoamericano? Por un lado, Alberti y Cernuda se esforzaron por representar figuras marginales siendo la presencia del indio fundamento básico de las culturas del Nuevo Mundo. También, en la poesía que escribió Federico García Lorca en 1929–1930 durante su exilio en las Américas, el sujeto racia-lizado de Estados Unidos y Cuba juega un papel básico en la fundación de la nación como pilar esencial. Por otro lado, esta visión de lo "otro" suele ser cuestionada mediante la exotización y la tropicalización de lo latinoamericano. Y este posicionamiento es una de las características más destacadas en la obra de Juan Ramón y Salinas.

Arcadio Díaz Quiñóniz y Raquel Sárraga finalizan el proyecto inicial de Juan Ramón sobre sus crónicas de Puerto Rico. Basada en este proyecto, Estelle Irizarry establece en su artículo una clara analogía entre el contenido del discurso juanrramoniano y los informes de los conquistadores. Al igual que en las crónicas de los exploradores europeos que viajan a América Latina—siendo Humboldt un ejemplo claro o los viajeros ingleses del Siglo XIX en Argentina—, existe el ansia por

re/descubrir, re/nombrar, re/crear, dar vida a la realidad latinoamericana: símbolo de la mentalidad colonialista e imperialista. Juan Ramón instituye la retórica fundacional de la llegada y se repropia del espacio puertorriqueño mitificando, a distancia, a sus gentes, religiones, razas y clima, reiterando como telón de fondo la españolidad a través de la memoria visual, paisajística y melancólica.

Este patrón se repite en los escritores españoles del '98 y del '27 ofreciendo discursos colonialistas que invaden los diagnósticos elaborados por los intelectuales o letrados criollos puertorriqueños. Por aquella época, florecen en Puerto Rico figuras como Manuel Zeno Gandía, Salvador Brau a finales del XIX, y Antonio Pedreira, Tomás Blanco, Geigel Polanco o René Marqués—emergentes durante la primera mitad del siglo XX⁵. Muestran un talante nacionalista exclusivista de un tono hispanófilo frente al tímido imperialismo yanqui y reproducen elementos comunes a los intelectuales españoles, pero sin integración absoluta de discursos transatlánticos. Su tarea es la de transculturar elementos europeos y adaptarlos al medio latinoamericano como hizo Andrés Bello en el siglo XIX guiado por un Humboldt, cuya "reinvention of America for Europe was transculturated by Euroamerican writers into a creole process of self-invention" (Pratt, *Imperial Eyes* 175).

En esta dirección viajan paradójicamente los letrados latinoamericanos del siglo XX, mirando hacia Europa para su independencia y autoafirmación, cruzando fronteras y marcando diferencias. Curiosamente, los trasterrados y los letrados comparten aspectos comunes debido al acusado españolismo. Sin embargo, los intelectuales puertorriqueños—y, por extensión, los latinoamericanos—buscan descolonizarse mediante el empleo de un discurso autónomo y local diagnosticando la nación. Los trasterrados transplantan lo español enfatizando la dependencia existente y proyectando la imagen de un Puerto Rico copia del original: España. ¿Cruzan fronteras marcando diferencias? Más bien gran parte de los trasterrados brincan el charco invisibilizando fronteras y "descubriendo" una nueva España diferenciada primordialmente por la exotización. Es decir, delimitan las fronteras a partir de un discurso colonial que consecuentemente construye una diferencia problemática fundamentada en la mitificación de lo "otro" (la copia) y la familiarización con lo "uno" (el origen). Dentro de este paradigma se sitúa el producto engendrado por Salinas. Se posiciona desde la llegada, descubriendo un espacio familiar y al mismo

tiempo re/significado por un lenguaje colonial orientalizado que, por momentos, él mismo cuestiona a través de la falta de modernización, por ejemplo. Así revela una serie de fallas narrativas que no cuajan dentro del proceso de construcción nacional, por lo que diverge del conjunto de diagnósticos hechos por los próceres puertorriqueños y se convierte en un producto peninsular inspirado por la belleza insular.

Tropos (des)tropicalizados: el ojo imperial y el motivo de la llegada en *El contemplado* y las *Cartas de viaje*

Los tres años que Salinas vive en Puerto Rico (1943–1946) son los más prolíficos de su carrera como escritor. Además de producir obras teatrales, poesía y de cultivar el género epistolar, escribe artículos en revistas académicas puertorriqueñas como *Sin nombre*, mantiene extensos diálogos con otros intelectuales exiliados y contribuye a través del ensayo a participar en la cultura puertorriqueña. La colección poética *El contemplado* es quizás su obra más conocida durante su estadía en Puerto Rico y responde a un deseo del poeta por crear una realidad mediante el acto visual. Ante la magnificencia de un paisaje nuevo, se apropia de la geografía marítima e insular y la dota de subjetividad, nombrándola y, poco a poco, otorgándole una existencia específica: “De mirarte tanto y tanto, / del horizonte a la arena, / despacio, / del caracol al celaje, / brillo a brillo, pasmo a pasmo, / te he dado nombre; los ojos, / te lo encontraron, mirándote” (*El contemplado* 73) o “¡Si tú has sido para mí, / desde el día / que mis ojos te estrenaron, / el contemplado, el constante / Contemplado!” (74). Inicia así un itinerario deseante con la intención de conquistar su objeto amado: el mar de San Juan.

Comienza describiendo elementos puramente naturales y paisajísticos: “¡Tantos que van abriéndose, jardines, / celestes, y en el agua!” (76) o “¡Felices inmortales! / ¡Las islas, qué felices son las islas! / Altas cunas, los riscos . . . Bajan sin prisa / en sosegadas curvas, verdecándose, / peldaños erigiéndose, colinas” (86), conformando una cosmogonía espacial, utópica y atemporal. El primer contacto con el espacio en sentido de “descubrimiento” poético perfila a un Salinas conquistador español de fines del siglo XV ante su llegada al Nuevo Mundo, admirando la belleza latente en las islas y dándoles nuevos nombres e identidades: “En efecto, como un nuevo Colón, Salinas partió hacia la ‘conquista’ del continente

americano, a poco de empezada la guerra civil" (Bou, "Descubrimiento" 437). Lo cual nos recuerda a un Colón impresionado por la belleza del paisaje que busca en las tierras caribeñas intereses materiales para el Imperio Español: "Ella es isla muy verde y llana y fertilísima, y no pongo duda que todo el año siembran panizo y cogen, y así todas otras cosas" (Colón 70).

Cristóbal Colón, ante su llegada al Nuevo Mundo, quedó asombrado por la fortaleza y productividad del espacio. Su mirada se centró únicamente en el provecho e intereses materiales: ". . . e poner en muy gran seguridad esta isla e ríos de oro, e aunque oviese ciento de cavallo, no se perdería nada . . ." (220). Aunque la mirada de Salinas también sea conquistadora, no responde a ese proyecto ambicioso de prosperidad económica, sino más bien de apropiación de la identidad cultural a través de la pérdida—la pérdida de España y de su mar mediterráneo. Al reflexionar sobre la mirada perfecta que ansía otorgarle al objeto dialógico, Salinas hace copartícipe al mar y deconstruye la mirada imperial dirigida a lo material: "El mucho afán les ciega . . ." (*El contemplado* 85), ya que su mirada se enfoca en la armonía y un amor (posesivo): "Lo que se ha mirado así, / día a día, enamorándolo, / nunca se pierde, / porque ya está enamorado" (83).

Independientemente del enfoque visual de los conquistadores, los viajeros y el propio Salinas, todos ellos coinciden en establecer una comparación imaginada entre la feminidad y las tierras americanas: "¿Qué tierra es ésta, suya, y toda nueva? / De oro parece, dócil, suavísima / al pensar que la piensa, al pie desnudo / que la pisa, a los ojos que la miran. / Intacta. Virginal. Arena . . ." (87). La presentación de la isla como reflejo de la feminidad "dócil, virginal" remite a la categorización europea del Nuevo Mundo símbolo de fertilidad en espera de ser conquistado por Occidente, la civilización, lo masculino, como arguye Annette Kolodny en *The Lay of the Land*:

Nevertheless, however complexly multidetermined our behavior toward the landscape may be, it is no longer possible to ignore a growing body of evidence that the particular way in which the New World has been symbolized as feminine in American thought and writing bears out a consistent correlation between that set of linguistic images and certain psychological patterns that became codified in our literature and acted out in our history. (149)

Por ende, el poeta repite la lógica fundacional de la isla identificada con atributos femeninos y con características de la cultura puertorriqueña. Este tropo de la tierra como lo femenino es apropiado por los letrados latinoamericanos en sus discursos de la identidad nacional. Años después, en *El puertorriqueño dócil* de 1972, René Marqués cataloga al individuo puertorriqueño de dócil e inocente, equiparándolo con el espacio geográfico en que se inscribe. También Antonio Pedreira en *Insularismo* afirma la feminidad del terreno insular y codifica dicho espacio dentro de los paradigmas convencionales de lo femenino:

Nuestro paisaje posee un sentido mesurado y armoniza con la geografía y la etnografía. La discreta decoración es de tono menor y se presta como nuestra danza, al regodeo y a la confidencia. Su nota predominante es la lírica: es un paisaje tierno, blando, muelle, cristalino. Con buen acierto lo captó Samuel Gili Gaya, cuando dijo que “dista mucho de ser imponente. Todo adopta un aire suave, halagador, ambale y profundamente femenino”. (41)

Obtenemos, pues, una imagen de Salinas reiterando un discurso formulado como parte de la esencia puertorriqueña y, una vez más, la lírica de *El contemplado* incide en una llegada o contacto fundacional similar a las aportaciones teóricas que por la fecha se postulan en el mundo intelectual sobre culturas y subjetividades latinoamericanas.

Frente al espacio vacío de la tierra intacta y virginal expuesta a la penetración masculina del conquistador, el poeta de *El contemplado* se encuentra con significados previos, existentes antes de su llegada: “La palmera ¿quién la ha puesto / —la que me abanica / con soplos de sombra y sol— / donde yo quería? / La arena ¿quién la ha alisado, / tan lisa, tan lisa, / para que en rasgos levísimos / la mano me escriba” (91) o “¡Felicidad! Lo que empezó en roquedos / ahora tierra es, pradera florecida” (87). El primer caso expone un signo ya semantizado y culturalmente inserto. Ante este hecho, el poeta insinúa reivindicar un estado primigenio. Inmediatamente se encarga de argumentar el orden cultural designado específicamente para el poeta, puesto que él mismo se perfila como sujeto idóneo para inventar el significado del espacio, para crear la realidad. Por lo tanto ya hay una regulación simbólica establecida, pero aún a la espera de esa mirada desinteresada. El segundo ejemplo muestra la evolución natural como algo positivo indicando cambios esenciales que consecuentemente implican re/significaciones anteriores

al paso del poeta. Estas percepciones ambiguas del mismo espacio vacío y simultáneamente re/significado problematizan el proyecto creador de Salinas.

Lidiando entre el espacio vacío—intacto y dispuesto a la mirada hegemónica—y el espacio revestido de significado, el poeta recalca la espera misma de la isla del texto mágico: “Dulcemente lo llevan a la playa / donde esperan los anchos / pliegos dorados su mejor destino: / que llegue el texto mágico” (85). Consciente de las textualidades y narrativas que han imaginado la realidad latinoamericana, no hay un texto excepcional y es el propio Salinas quien, a través de la estética poética y a pesar de existencias o no previas, elabora el texto mágico, la retórica fundacional que fundamenta la isla puertorriqueña y el mar de San Juan. Es, pues, Salinas el intérprete adecuado: “el pensamiento aquel nacido oscuro, / lo pone todo en claro” (85). Las tensiones surgidas entre espacio vacío y espacio previamente conceptualizado tienden a ser resueltas mediante la presencia exacta: Salinas el poeta. Pero en su poética, se unen otros rasgos que refuerzan dichas tensiones. En los primeros poemas, el movimiento de la mirada es centrípeto: “De mirarte tanto y tanto, / del horizonte a la arena, / despacio, . . . te he dado nombre” (73); “Desde sus lejos profundos / a mí se encaminan” (81), convirtiéndose el poeta en el objeto del mar y así hacer de la llegada una comunión perfecta. Pero el poeta posteriormente se desconcentra de ese movimiento centrípeto del “horizonte a la orilla” y cambia de objeto visual más allá del horizonte; la ciudad de los rascacielos. Nueva York se erige como el elemento antagónico y contradictorio de los objetos (mar-isla) analizados en la búsqueda sensorial y emocional del espacio marítimo-insular.

Allí nadie contempla la belleza espacial, puesto que la vida transcurre aniquilada por la prisa del tiempo y la fugacidad de las cosas: “No hay nadie, allí, que mire; están los ojos / a sueldo, en oficinas. / Vacío abajo corren ascensores, / corren vacío arriba, / transportan a fantasmas impacientes: / la nada tiene prisa” (102). La mirada cesa su existencia, ya que no hay objeto a contemplar debido a la deshumanización y maquinización del individuo. En contraste con la atmósfera vivida y percibida en Puerto Rico, Nueva York, como espacio urbano, pierde su subjetividad y se ensombrece por una inexistente mirada sin luz, apagada. Este poema revela la necesidad de Salinas por salir de Norteamérica y adentrarse en América Latina donde vuelve a ver la luz, su mirada renace y la llegada a ese paraíso le permite acceder visualmente a lo desconocido y donde,

como señala Newman: "Salinas sentía un quitarse cadenas aquí en la isla, una restauración de una gloriosa libertad. Sobre todo, fue un alivio de soledad" ("El renacimiento de un poeta" 615). Y esta insistencia en la mirada y en el contemplar la esencia del mar vuelve a pronunciarse en los últimos poemas de *El contemplado*: "Es una querencia, un ansia / de volver a ver, a verte, / de seguirte contemplando" (108). Aquí, se deriva el miedo a perder el control y la subjetividad que el poeta, creador, ha otorgado al mar puertorriqueño y el temor a que éste se extinga si no hay ojos que lo miran, y a que sufra el mismo sino que el espacio urbano norteamericano.

La mirada creadora es, pues, el aspecto más relevante en *El contemplado*. Podría interpretarse ésta como una mirada desinteresada o amorosa debido al diálogo que mantiene el poeta con el mar, usando los pronombres yo-tú, implicando al objeto y subjetivizándolo. Sin embargo, esta mirada excluye a los sujetos ya implantados en el imaginario puertorriqueño y se basa en la posesión universal del objeto contemplado donde prácticamente Puerto Rico desaparece. Por lo tanto, la carga hegemónica es característica esencial de esta mirada del mismo modo resemantizada, diferente a la mirada material de los intérpretes europeos. Es una mirada conquistadora, utópica, precisamente poética que invisibiliza a los habitantes de ese espacio y crea un locus de enunciación donde el único sujeto autoritario es el poeta.

Si *El contemplado* representa un ejercicio de creación a través de la mirada y del poder de la palabra, las *Cartas de viaje* responden a un análisis más tangible y realista de la sociedad puertorriqueña. En *El contemplado* el poeta establece un diálogo con el mar concediéndole subjetividad y una identidad impuesta por la mirada poética. Las *Cartas de viaje*, por otro lado, muestran a un Salinas sujeto de la realidad insular formando parte de la misma mediante la narrativa. Eventualmente, son más las tensiones generadas en las cartas de viaje, ya que despojado de todo artificio estético, Salinas se preocupa por la realidad circundante con respecto a su persona.

En las *Cartas de viaje*, Salinas recrea la retórica de la llegada contando sus vivencias y experiencias insulares a colegas próximos pero espacialmente distanciados. Las cartas tradicionalmente se relacionan con códigos textuales que descifran la primera toma de contacto con lo desconocido y desvelan las inquietudes de su autor: "las cartas son, pues, un ejercicio de 'sinceridad', y el espacio para la exhibición de un yo más

próximo al que creemos verdadero del escritor” (Bou, “Escritura y voz” 17). Informa a sus destinatarios de la felicidad que ha encontrado junto a su familia en la isla gracias al clima, al paisaje, a la fertilidad e indomabilidad del mar y a la belleza insular. Del mismo modo, agradece la entusiasmada acogida que recibe por parte de académicos, estudiantes y españoles emigrados a Puerto Rico, recalcando que el apoyo no procedía de los hacendados, quienes ignoraron su existencia.

La narrativa de las cartas se asemeja tanto a los reportes de los viajeros como a la configuración de tropos elaborados por los intelectuales puertorriqueños en su diagnóstico de la nación. La primera carta fechada el 15 de septiembre de 1943 desde San Juan y dirigida a Jorge Guillén exalta la metáfora de la enfermedad relacionada con la nación: “Margarita se sintió un poco malucha y el viaje la alteró hasta unos días después de la llegada. Ahora ya está bien, y se pone unas inyecciones contra la anemia, que suele siempre sentirse al llegar al trópico” (*Cartas* 176). El discurso de la nación como enfermedad prevalece durante finales del siglo XIX y comienzos del XX. Se construye a través del positivismo imperante en la mente criolla e importado de Europa. En *Subjects of Crisis*, Benigno Trigo precisamente apela a la anemia como aspecto definitorio del cuerpo enfermo, en concreto, del cuerpo rural femenino y, por extensión, del cuerpo nacional al que hay que sanar. Así, en el contacto inmediato con la isla Salinas se refiere a la enfermedad y al cansancio como elementos típicos del trópico, encuadrando su discurso en la retórica intelectual puertorriqueña.

Tras este marco interpretativo, se percibe la necesidad de encontrar lo español por medio de la comida: “comemos casi a la española”; y de la geografía citadina: “San Juan es encantador. El casco de la población vieja recuerda una capital menor de Andalucía o Levante, lleno de animación, de ruido, y con caserío a lo Almería o lo Huelva . . . Y la parte alta de San Juan, con más vistas al mar espléndidas, recuerda la Alcazaba de Málaga” (*Cartas* 176). La memoria nostálgica produce una coalición espacial entre las dos culturas hispánicas sirviendo de estrategia para concebir una llegada más fructífera y una consecuente adaptación exitosa. Por consiguiente, la construcción del sujeto trasterrado negocia la pérdida primordial de un espacio sagrado, España, supliendo esta carencia mediante el desplazamiento de espacios familiares.

La recurrencia a lo español señala la hispanofilia presente en toda la narrativa epistolar y enfatiza el carácter colonial del discurso. Salinas

imparte clases de literatura española traduciendo/trasladando las voces de los escritores canónicos peninsulares y difundiendo el conocimiento proveniente de Europa. Al igual que en su colección de ensayos, *El defensor*, donde incide en la defensa del idioma, Salinas ejerce el poder de adoctrinamiento nacional en las cartas advirtiendo del peligro que está sufriendo el español debido al deterioro del mismo por la influencia del inglés: “Mi trabajo en la Universidad agradable; muchos estudiantes y atentos. Buena falta hace enseñar bien el español. Porque la prensa y la radio lo van estropeando poco a poco. Es injusto acusar a los americanos de oponerse el [sic] español; son los portorriqueños mismos los que lo estropean con su desidia, sin por eso aprender mejor el inglés” (179). Salinas realiza una acusación directa a la población por su falta de interés en mantener la cultura y la tradición española de forma paralela al *Insularismo* (1934) de Antonio Pedreira, aún cuando éste achaca ese desinterés a la mezcla de razas: “El elemento español funda nuestro pueblo y se funde con las demás razas. De esta *fusión* parte nuestra *con-fusión*” (22). El puertorriqueño asoma un talante racista sobrevalorando lo español. Salinas, sin embargo, ni tan siquiera menciona el resto de culturas que emergen con el carácter español, sino que se centra en buscar aspectos culturales como la comida, arquitectura, geografía o idioma en el nuevo espacio, imponiendo en consecuencia aspectos de la cultura española como lo más prominente de la isla.

Igualmente, la referencialidad cultural de lo “español” varía en cuanto al tratamiento del escritor y de los intelectuales latinoamericanos en general, ya que el proyecto de los criollos, como afirma Pratt, “involved founding an independent, decolonized American society and culture, while retaining European values and white supremacy” (175). Por otra parte, Salinas reterritorializa la geografía española en la puertorriqueña a través de la mirada sin proceso transcultural. Ve a España en Puerto Rico y silencia los componentes racializados, ya sean mestizos, negros o indios. Solamente articula la presencia de españoles hacendados, criollos y del mundo académico.

El determinismo climatológico es otro ataque similar a través de las páginas de *Insularismo* donde Pedreira considera aplanado el estado atrófico del puertorriqueño no sólo por el desinterés cultural, sino también por el clima y las condiciones geográficas: “El calor nos madura antes de tiempo y antes de tiempo también nos descompone. De

su enervante presión sobre los hombres viene esa característica nacional que llamamos el aplatanamiento” (38). Paradójicamente, el calor es uno de los aspectos que colabora en la producción literaria de Salinas, aunque en sus cartas menciona, por el contrario, que la especificidad climática de la isla propicia la vagancia: “Lo malo, ya viene lo malo, es que el calor te alicorta para todos estos paseos, y en general, para toda actividad” (176). Si para los teóricos como René Marqués y Pedreira el paisaje y el clima son síntomas de esa docilidad y debilidad con respecto al sujeto puertorriqueño, Salinas celebra la belleza del paisaje y la experiencia climática siendo ambos elementos esenciales para el bienestar y la felicidad de la isla. Su postura ante la climatología es ambigua: emoción por el calor y motor relevante en su producción literaria pero obstáculo para el sujeto nacional.

Aparte de estos aspectos recurrentes, la mirada de Salinas en las cartas hacia el paisaje caribeño se torna exotizante y distanciada:

Esto es encantador. Gran tierra para los ojos y su nobilísima función miradera. El mar, del azul al verde, y vuelta, prodigioso. El cielo y el nuberío, proporcionan puestas de sol, que aunque sea ya muy desacreditado por la poesía, y la pintura el tal espectáculo, salen a veces, como nuevas. La vegetación es preciosa, con árboles muy variados y un follaje brillante y limpio, de tamaños diversos, desde la hojilla más menuda opulenta a la más opulenta y extendida. (179)

Su amor hacia la belleza paisajística se observa en toda su producción literaria, surgiendo así un discurso propio del primer contacto entre lo visual y la novedad orográfica. Contemplar un paisaje tan vivo y natural constata la necesidad de reincidir en el espacio geográfico como parte de la retórica fundacional. Nos percatamos de la ausencia de sujetos y exceso de presencia natural. Esta carencia de individuos precisamente supone la ausencia de un motor eficaz de re/significación, creación y autodefinition nacional. Es decir, justifica la inexistencia verbal-visual de espacio definido presentando un signo vacío esperando la mirada y palabra de Salinas. Este hecho es común en los informes de viajeros que llegan al Nuevo Mundo. Ya en los siglos XVIII y XIX, Alexander Von Humboldt (1769–1859) en sus viajes a América Latina recurre al tropo de la llegada invisibilizando la presencia humana:

Realmente, la ausencia de gente se vuelve esencial en la visión americana de Humboldt. Es justamente esta ausencia, arguye Humboldt, lo que “les da carta blanca a las fuerzas de la naturaleza para que se desenvuelvan” (VN 12). Así es como la gente y el espacio tienden a excluirse mutuamente; así es como la mirada de Humboldt despuebla y deshistoriza el paisaje americano aún cuando celebra su grandeza y variedad. (Pratt, “Humboldt” 41)⁶

La belleza descriptiva, tanto de las cartas como de la poesía, impregna un carácter exótico al espacio, que incluso se recalca en la primera carta a Jorge Guillén donde narra la particularidad de las bebidas puertorriqueñas: “También el paladar tiene aquí hermoso campo. Frutas y refrescos deliciosos con sus jugos. La pondré algunos nombres para abrirle la sed: guarapó de caña, ajonjolí, tamarindo, guanábana, mavi” (*Cartas* 179). Explícitamente, se hace notar la presencia de la cultura como legado de lo español, y la recurrencia a los nombres exóticos, ayudan a crear una identidad orientalizada donde predomina lo hispanófilo.

Otra de las cartas enviadas desde San Juan a Américo Castro a comienzos de 1944 resalta el ignominioso paisaje reinante en la isla como objeto correlato del estado anímico del escritor:

Yo me encuentro aquí contentísimo. Este clima, sobre todo desde que amenguó el calor, en noviembre, me sienta a maravilla. Las hojas del calendario con todas sus asociaciones usuales me parecen mendaces. ¿Cómo voy a creer a unas letras impresas en unos papelitos, que dicen “diciembre” cuando la ventana de mi cuarto no se cierra ni de día ni de noche y un día hermoso sigue a otro día hermoso, y se anda sin chaleco hasta después de cenar? Esta atmósfera me parece ser prodigio. Y más de prodigio el mar, aquí, en estas playas del Condado, con las líneas sucesivas de arrecifes que lo pueblan de espuma sin cesar. No he visto un paisaje marino tan hermoso. Vivo “ojeando”. (*Cartas* 181)

Estas palabras se relacionan de manera significativa al contenido de *El contemplado* en ansias de inmortalidad y de conceptualizar un espacio vacío y atemporal. El clima es tan cálido durante el año que las estaciones se condensan en una única estación y el calendario ya no es relevante. Tanto mediante el género lírico como el epistolar, Salinas incide en el deseo problemático de atemporalidad que se resuelve en el paradigma de lo real.

Salinas ofrece una experiencia vivida nostálgica, utópica e idealizada, a diferencia de la realidad puertorriqueña retratada en

los discursos de los intelectuales puertorriqueños. Esta visión épica y romantizada de eternidad se homologa a la doble perspectiva del viajero: “Humboldt was seduced by the romantic rhythm of dying empires, and by the nostalgic pleasure of writing a personal narrative of his travels, even as he felt afraid of those same revolutionary rhythms, and of the resulting rupture with his own past” (Trigo 20). En el ángulo opuesto, la abolición temporal y la tropicalización del espacio insular se hallan en tensión a lo largo del género epistolar, puesto que Salinas muestra incomodo y malestar ante el atraso y estancamiento geotemporal en el que permanece la isla:

No tengo que ir más que cuatro tardes a la Universidad. Pero como está a unas 10 millas de San Juan, y los medios de comunicación son pésimos, echo la tarde casi entera. Hay aquí un artefacto con pretensiones de semoviente, y que responde por el *trole*, es decir el tranvía . . . Pero el caso es que tienes que andar pensando antes de salir de casa si el *trole* va hacia el este o el oeste, y hacer cálculos de tiempo . . . No he visto un triquitraque más absurdo en ninguna parte”. (*Cartas* 177)

Transplanta su paradigma español en un Puerto Rico definido por la carencia de una modernidad que poco a poco comienza a llegar a partir de la década de los 40. Este extracto dirigido a Jorge Guillén en 1943 resalta la antigüedad y la inadaptación a los tiempos modernos de la isla. En esta postura reconocemos la dualidad de Humboldt en su percepción del tiempo: “. . . he set out to find temporal analogies among empires, indeed among continents and races, that seemed to his contemporaries to be terribly distant from one another” (Trigo 20). Esta percepción dual del tiempo es común en la experiencia del viajero: por un lado, tiempo eterno debido al estado efímero del viajero y su mirada inmortal y, por otro, deseo de progreso y de homologar el tiempo del espacio de origen y del espacio actual.

La mitificación del espacio insular, paralelamente a la concepción temporal, resulta cuestionada. El insularismo ya ferviente en Pedreira se aprecia como una característica definitoria del sujeto puertorriqueño ubicado tanto en Puerto Rico como en la diáspora y para un trasterrado, o un sujeto dislocado que pertenece a un país “desarrollado”, dicha atemporalidad o temporalidad estancada en el pasado supone un aspecto negativo en el proceso de adaptación⁷. La retórica fundamentada en la llegada—y cómo ésta se construye o negocia—presenta, por un lado,

el aspecto positivo de la familiaridad cultural entre España y la isla, y la exotividad insular. Simultáneamente, refleja la insistencia en pertenecer a un espacio geográficamente delimitado que en consecuencia decelera el paso del tiempo. Otros ejemplos de las cartas explicitan de manera más obvia la ambivalencia de la llegada:

Vivo aquí un poco incomunicado. Tardan mucho en llegar libros y periódicos. La vida intelectual no es como la de América; pero los elementos compensan de tal modo que estoy pasando unos meses de gran contento. Me asusta la idea de volver a meterme en Baltimore donde no hay ni un solo día al año que pueda compararse con la luz, el cielo y las hermosuras de aquí. Acaso me encuentre usted mente-capto, o embobado de isla. (181)

Salinas menciona la problemática insular a través del aislamiento e incomunicación a que todo espacio delimitado por mar se encuentra sometido. Dicho tropo de la identidad caribeña, igualmente, influye en la concepción del tiempo, puesto que todo llega con más lentitud: “los libros llegan con un retraso inmenso” (178). Esta insistencia en lo arcaico o necesidad de que el tiempo evolucione nos dibuja a un Salinas ambiguo que, por un lado, discurre sobre la atemporalidad y el deseo de abolir las estructuras del tiempo y, por otro lado, un Salinas que refleja las limitaciones que presenta una cultura donde el tiempo no pasa. Sin embargo, la fuerza de la belleza natural, la hermosura del paisaje, el mar y la familiaridad cultural superan las dificultades que genera el propio insularismo. Además, este tropo geográfico se decodifica en la construcción del sujeto efímero consciente de su estancia insular como período momentáneo. En este sentido, la retórica de la llegada se perfila problemática en la mente europea, para un español emigrado a la isla e inacostumbrado a la claustrofobia espacial. Si ya Pedreira hacía mención de esta agonía e incomunicación, en un sujeto extranjero aún se codifica en mayor medida, puesto que Salinas, en este caso, aunque peninsular, ha de aprender a adaptarse a una construcción de la subjetividad limitada *a priori*.

Junto con la referencia a las limitaciones insulares como elemento retórico fundacional, la invasión de la industria norteamericana, como hemos visto anteriormente con respecto a la defensa del idioma, es otro componente del discurso saliniano tanto en *El contemplado* como en las *Cartas de viaje*: “La gente chic, claro,

no los toma [las bebidas exóticas]; consume Coca-Cola” (176). Sin embargo, no culpa directamente a Estados Unidos de las deficiencias culturales que sufre la isla, como en relación al deterioro del español. Eso significaría reducir al puertorriqueño a la categoría de objeto moldeado pasivamente por el poder del imperialismo yanqui. Si en *El contemplado* la crítica al imperialismo yanqui es más notoria, en las *Cartas de viaje* cobra pragmatismo y se visualiza de manera desplazada hacia el comportamiento del puertorriqueño como responsable de la adaptación al proceso de industrialización llevado a cabo a partir de 1940 con la operación Manos a la Obra.

Salinas, pues, llama indirectamente al activismo del sujeto nacional contribuyendo así al desarrollo de la construcción nacional puertorriqueña y haciendo énfasis en la necesidad de agencia y subjetividad con que ha de contar el sujeto puertorriqueño para poder evolucionar. Incluso esta crítica constructiva hacia el individuo puertorriqueño encierra un ataque a los medios de comunicación que éste consume: “Aquí no hay teatro. La gente se nutre de la bazofia peliculara” (181). Esta serie de factores fomentan su incursión en la identidad del sujeto puertorriqueño, quien debe aprender a negociar tradición/ modernidad, pasividad/agencia, sobre todo, por el carácter eternamente colonial de la puertorriqueñidad. Pero, ¿de qué tipo de agencia nos habla? ¿de la misma que otorga a su mar (“Si te nombro / soy tu amo” [79]), transformándolo en la propiedad de la mirada conquistadora?

El conflicto entre mantener la tradición cultural hispanófila y el rechazo a lo norteamericano—enfaticado en *El contemplado*—vuelve a cuestionarse mediante las prácticas sociales. Salinas se queja de la incomunicación insular y el consecuente retraso de libros e información. Igualmente, nos percatamos de una crítica a los medios de transporte y a la carencia de pisos: “Además hay gran escasez de pisos, y los pocos que salgan a alquilar, carísimos” (*Cartas de viaje* 176). ¿Cómo articular dicha ambivalencia entre el apego al pasado y ese rechazo/necesidad de modernidad? Por lo tanto, las tensiones surgidas en las *Cartas de viaje* se acentúan más que en *El contemplado*, y se observa una perpetua contradicción que imposibilita la productividad del discurso saliniano como parte de las narrativas de la época. Resulta una retórica fundacional precaria cimentada en tropos (des)tropicalizados y en (des)encuentros de una modernidad, también precaria y cuestionable⁸.

Estos discursos salinianos surgidos entre los años que pasa en Puerto Rico (1943–1946) son cruciales debido a los cambios que sufre la sociedad puertorriqueña de un sistema agrario a un sistema capitalista mediante el proceso de industrialización y modernización que comienza en 1940 y provoca una masiva migración de sujetos hacia Estados Unidos. Salinas desoye esta realidad que vive Puerto Rico y articula una experiencia subjetiva donde el escritor es el centro de un Puerto Rico imaginado en su mentalidad española. Pero esta retórica del trasterrado se reitera a través de los intelectuales españoles de la Generación del '98 y del '27—excepto algunas figuras, como hemos visto anteriormente. La mayoría se distancian del objeto de análisis sin implicarse directamente en la realidad nacional, a diferencia de los próceres latinoamericanos. Exponen una visión más exotizada e imperialista que irrumpe los discursos poscoloniales que se llevan elaborando desde finales del siglo XIX.

En este sentido, la época que vio nacer a *El contemplado* y las *Cartas de viaje* se caracteriza por un cúmulo de narrativas continuas y divergentes que (im)posibilitan la narrativización coherente de la nación. Los próceres puertorriqueños como Antonio Pedreira, Tomás Blanco, Geigel Polanco o René Marqués fundan un discurso postcolonial basado en el exclusivismo, elitismo, racismo e hispanofilia dirigido hacia Europa como modelo portador de valores que transculturados ayudan a definir/explicar la realidad local y autóctona. Sin embargo, estos discursos nacionalistas conviven con una serie de producciones poéticas o relatos de viajes que enfatizan y refuerzan el carácter colonial, en concreto, de la isla. Si los intelectuales puertorriqueños vanaglorian la herencia española y problematizan el carácter racial (negro-indio o mestizo), Salinas impone esa presencia cultural en España, desplazando el territorio de origen hacia la copia, e invisibiliza y desoye la presencia subalterna componente del carácter puertorriqueño. Puerto Rico es, para la mente del escritor, una metonimia de España, o una extensión de la misma.

A pesar de los elementos comunes que puedan encontrarse en los textos de los intelectuales y los de Salinas, las inconsistencias de este último aluden a un fracaso narrativo en la construcción de la identidad puertorriqueña. *El contemplado* gira en torno a la elaboración de un locus poético imaginario donde el poeta se presenta como el Conquistador. La llegada poética resulta prácticamente exitosa por la

única presencia del mar y el poeta, mientras que, en la narrativa, la isla en relación a la enfermedad, la precariedad de medios de transporte y la incomunicación impiden una adaptación productiva y cuestionan la mirada poética. Bien cierto es que el paisaje y la belleza orográfica excluida de sujetos reiteran el ojo imperial y la narrativa de los viajeros, posicionando así a un Salinas ajeno a la problemática social y cultural, fácilmente adaptado a una sociedad inventada. La necesidad/rechazo de lo moderno y la presencia norteamericana también son patentes en la obra de Salinas reformulando una crítica palpable hacia la ciudad enemiga y subrayando su malestar con respecto a la cultura norteamericana. Pero la necesidad de modernidad implica una bienvenida y apertura al “progreso” procedente del norte.

En vida, Salinas era consciente de su paso momentáneo por la isla, mientras que en su muerte, se transplantó y trasterró en el espacio insular en medio de todas esas figuras egregias durante el siglo XX. Igual que Cátedra irrumpe los discursos posmodernos de las Ediciones Callejón ejerciendo cátedra, los restos de este insigne poeta supervisan las cenizas de aquellos próceres puertorriqueños. Su presencia es, por lo tanto, perpetua, atemporal e inmortal. Su mirada ya no es “un momento / de esa larga mirada que te ojea, / desde ayer, desde hoy, desde mañana, / paralela del tiempo” (*El contemplado* 109), sino que es una “antigua mirada / en mi presente mirando” (108). ¿Recalca, pues, el sino de Puerto Rico, la colonia más antigua del mundo, expuesta a miradas eternamente? Quizás sí, pero afortunadamente creando callejones con salida a miradas múltiples, híbridas y horizontales que deconstruyen y reconstruyen el pasado, miradas que reifican el presente y se proyectan hacia un futuro incierto, donde las huellas del pasado permanecerán para siempre en nuestra memoria, en nuestra mirada inmortal.

NOTAS

¹ Entre otros, destacaban: *Nación postmortem: ensayos sobre los tiempos de insoportable ambigüedad* de Carlos Pabón, *Nación y ritmo: "Descargas" desde el Caribe* de Juan Otero Garabís, *Caribe Two Ways: Cultura de la inmigración en el Caribe insular hispánico* de Yolanda Martínez San Miguel, *La raza cómica: del sujeto en Puerto Rico* de Rubén Ríos Ávila o *Mujeres excéntricas: la escritura autobiográfica femenina en Puerto Rico y Cuba* de Aileen Schmitd.

² Dara E. Goldman en su artículo, "Érase una isla: la llegada como fundamento retórico en la literatura del Caribe hispánico", me inspiró para poder aplicar en Salinas el motivo de la llegada. Tras un análisis de *La peregrinación de Bayóan* de Eugenio María de Hostos y *El arpa y la sombra* de Alejo Carpentier, Goldman expone cómo la narrativa de llegada es fundamento retórico de las letras del Caribe hispánico, tanto del siglo XIX como del XX. Este cotejo permite analizar cómo la narrativa de llegada no sólo se circunscribe a las letras latinoamericanas: gran parte de los poetas pertenecientes a la Generación del '98 y del '27 establecen, de esta forma, un género particular y fundacional donde la llegada es el leitmotiv de la producción literaria, puesto que experimentaron el Nuevo Mundo y sus vivencias se convirtieron en el centro de la misma. Por lo tanto, nos acercamos a una retórica fundacional emergente en espacios insulares a través de voces europeas—españolas—imponiendo la visión de lo español. Sin embargo, mientras Goldman exhibe dicha retórica como parte del fracaso reincidente y reiterativo o, la imposibilidad del viaje, con respecto al choque de ambas culturas, en Salinas se aprecia una adaptación al espacio insular que, sin resultar en fracaso, tampoco desencadena precisa y totalmente en una empresa exitosa. Éxito y fracaso se simultanean en la toma de contacto Salinas-Puerto Rico, aun cuando el éxito—desde una perspectiva eurocéntrica—se perfila de forma más notoria y el fracaso reside en la imposibilidad de narrar el espacio para el sujeto puertorriqueño.

³ En *Literatura y paternalismo*, Juan Gelpí ofrece un extraordinario panorama de la narrativa paternalista e hispanófila que predomina en los discursos nacionalistas de primera mitad de siglo.

⁴ Juan Marichal anota: "en la isla Salinas no era ya un desterrado: había pasado a ser—empleando el acertado neologismo creado por José Gaos para designar la condición de los españoles residentes en países de lengua castellana—un *trasterrado*" (56).

⁵ Luis Palés Matos es un poeta del '30 que introduce aspectos sobre la identidad nacional. Sin embargo, su enfoque se aleja del común denominador de la época, ya que toma como objeto de discurso la negritud y la antillanidad aún cuando lo hace de forma mitificada.

⁶ Pratt analiza la obra, *Views of Nature, or Contemplations on the Sublime Phenomena of Creation* de Alexander Von Humboldt, que data de 1850, como ejemplo de voz influyente en los diálogos transatlánticos.

⁷ El tropo de la insularidad es aspecto recurrente en el sujeto caribeño, incluso fuera del espacio insular, ya que la identidad caribeña en la diáspora sigue construyéndose dentro de esta limitación geográfica.

⁸ En la obra *Tropicalizations: Transcultural Representations of Latinidad*, Frances Aparicio y Susana Chávez-Silverman se refieren al término “tropicalization” en el sentido de “orientalización”: “Clearly indebted to Said’s ‘orientalism,’ the etymological correlative within the Latino context would be ‘tropicalism,’ the system of ideological fictions (Said 321) with which the dominant (Anglo and European) cultures trope Latin America and U.S. Latino/a identities and cultures” (1). En este sentido, por tropos (des)tropicalizados, remito al uso de elementos que en primera instancia se observan y analizan desde un prisma exótico. Dicha exotividad se deconstruye a partir de las tensiones en el discurso de Salinas y de los discursos postcoloniales de la época. En cuanto a los (des)encuentros de la modernidad, aludo indirectamente a la obra de Julio Ramos y explico cómo estos contactos entre los escritores peninsulares y la isla de Puerto Rico no producen un efecto totalmente positivo y constructivo en la configuración de la identidad puertorriqueña.

OBRAS CITADAS

- Aparicio, Frances R., y Susana Chávez-Silverman, eds. *Tropicalizations: Transcultural Representations of Latinidad*. Hanover, NH: UP of New England, 1997.
- Bou, Enric. “‘Descubrimiento’ o ‘encuentro’: Pedro Salinas en las Américas”. *La Torre: Revista de la Universidad de Puerto Rico* 32 (1994): 437–56.
- . “Escritura y voz: las cartas de Pedro Salinas”. *Revista de Occidente* 126 (1991): 13–24.
- Colón, Cristóbal. *Los cuatro viajes. Testamento*. Ed. Consuelo Varela. Madrid: Alianza Editorial, 1999.
- Díaz Martínez, Manuel. “La Generación del 27 e Hispanoamérica”. *Cuadernos Hispanoamericanos: Revista Mensual de Cultura Hispánica* 514–15 (1993): 143–54.
- Gelpí, Juan. *Literatura y paternalismo en Puerto Rico*. San Juan: Editorial de la U de Puerto Rico, 1993.
- Goldman, Dara E. “Érase una isla: la llegada como fundamento retórico en el Caribe hispánico”. *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 29.2 (2005): 285–305.
- Humboldt, Alexander Von. *Views of Nature, or Contemplations on the Sublime Phenomena of Creation*. London: H. G. Bohn, 1850.
- Irizarry, Estelle. “Juan Ramón Jiménez, cronista en Puerto Rico”. *La Torre: Revista de la Universidad de Puerto Rico* 4 (1999): 527–37.
- Jiménez, Juan Ramón. *Isla de la simpatía*. Eds. Raquel Sárraga y Arcadio Díaz Quiñón. Río Piedras: Ediciones Huracán, 1981.

- Kolodny, Annette. *The Lay of the Land: Metaphor as Experience and History in American Life and Letters*. Chapel Hill: U of North Carolina P, 1975.
- Marichal, Juan Augusto. *Tres voces de Pedro Salinas*. Madrid: Taller de Ediciones J. Betancor, 1976.
- Marqués, René. *Puertorriqueño dócil: literatura y realidad psicológica*. Buenos Aires: Cuadernos Americanos, 1962.
- Newman, Jean Cross. "El renacimiento de un poeta: Pedro Salinas en Puerto Rico". *La Torre: Revista de la Universidad de Puerto Rico* 8 (1994): 615-26.
- . *Pedro Salinas and His Circumstance*. San Juan, PR: Inter. American UP, 1983.
- Palés Matos, Luis. *Tuntún de pasa y grifería; poemas afroantillanos*. San Juan: Biblioteca de autores puertorriqueños, 1937.
- Pedreira, Antonio. *Insularismo: ensayos de interpretación puertorriqueña*. San Juan: Biblioteca de autores puertorriqueños, 1946.
- Pratt, Mary Louise. "Humboldt y la reinención de América". Trad. Cristina Meneghetti. *Nuevo Texto Crítico* 1 (1988): 35-53.
- . *Imperial Eyes*. New York: Routledge, 1992.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Salinas, Pedro. *Cartas de viaje (1912-1951)*. Ed. Enric Bou. Valencia: Pre-textos, 1996.
- . *El contemplado. Todo más claro y otros poemas*. 1949. Ed. Fco. Javier Díez Revenga. Madrid: Castalia, 1996.
- . *El defensor: ensayos*. Bogotá: Universidad Nacional, 1948.
- Trigo, Benigno. *Subjects of Crisis: Race and Gender as Disease in Latin America*. Hanover, NH: Wesleyan UP, 2000.

Copyright of Revista de Estudios Hispánicos is the property of Washington University. The copyright in an individual article may be maintained by the author in certain cases. Content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.